

Al principio pensó que era una ola sísmica, pero entonces advirtió que podía ver el cielo y el océano al otro lado. En cuestión de instantes, una cortina de agua se precipitaría sobre la embarcación.

Estaba tomando el sol sobre el tejado de la cabina. Había sido una coincidencia que se hubiera incorporado sobre el codo y la hubiera visto venir.

—¡Marty! —gritó. No hubo respuesta. Corrió sobre la caliente madera y saltó a la cubierta—. ¡Marty!

La ducha de agua no parecía amenazadora pero, por alguna razón, prefería evitarla. Rodeó a todo correr la cabina, esbozando una mueca de dolor por lo calientes que estaban los tablones. Tenía que ganar al agua.

Pero perdió la carrera. La luz del sol bañó su cuerpo hasta que, de repente, la cálida y centelleante cortina de agua se cernió sobre él.

Pronto, todo pasó. Se quedó de pie en la cubierta, observando cómo se alejaba. Las gotas de agua que cubrían su cuerpo centelleaban al sol. De repente se estremeció y miró al suelo. Sentía un extraño hormigueo en la piel.

Fue en busca de una toalla para secarse. Sentía una agradable picazón, como la que sientes en las mejillas después de afeitarte y ponerte la loción.

Pronto estuvo seco y la punzante sensación remitió. Se dirigió al piso inferior y, tras despertar a su hermano, le habló sobre la cortina de agua que había barrido la cubierta.

Así fue como empezó todo.

La araña corría hacia él sobre la oscura arena, agitando enloquecida unas patas que parecían tallos. Su cuerpo era un huevo gigante y satinado que temblaba lúgubrementemente mientras se deslizaba entre aquellos montículos por los que no corría ni un soplo de aire, dejando a su paso una estela de puntos.

El hombre se quedó paralizado. Vio el destello venenoso de los ojos de la araña; la vio trepar por un palo que parecía un tronco, alzando su cuerpo sobre unas patas que se movían tan deprisa que apenas eran trazos confusos. Las patas le llegaban a la altura de los hombros.

De pronto, a sus espaldas, la llama encajonada en acero cobró vida con un tronido que sacudió el aire, liberando al hombre de su parálisis. Jadeando, giró sobre sus talones y echó a correr. La húmeda arena crujía bajo sus sandalias.

Escapó por lagos de luz y se sumergió de nuevo en la oscuridad; su rostro era una máscara de terror. Los rayos del sol arponeaban su camino y las frías sombras lo envolvían. La araña gigante barría la arena, persiguiéndole.

De pronto, el hombre resbaló. Un grito desgarró sus labios. Cayó sobre sus rodillas y aterrizó sobre sus palmas. Sintió que la fría arena se sacudía con la vibración de la rugiente llama. Se levantó desesperado y siguió corriendo mientras intentaba limpiar de arena las palmas de sus manos.

Sin dejar de correr, miró atrás por encima del hombro y vio que la araña le estaba ganando terreno. El palpitante huevo que tenía por cuerpo se alzaba sobre sus rápidas patas; un huevo cuya

yema estaba bañada de venenos ponzoñosos. Apremió sus pasos, jadeante; el terror corría por sus venas.

De repente, el borde del precipicio estuvo ante él, dando paso a una pared gris que descendía en perpendicular. Corrió a lo largo del borde, sin mirar el gran cañón que descansaba a sus pies. La araña gigante le seguía; podía oír los delicados arañazos de sus patas sobre la piedra. Cada vez estaba más cerca.

El hombre se escabulló entre dos latas gigantes que se alzaban como tanques sobre él y corrió a toda velocidad entre los silenciosos botes salpicados de verde, rojo y amarillo. La araña tuvo que trepar por ellos, pues su hinchado cuerpo le impedía pasar por en medio con la rapidez necesaria. Se arrastró por el costado de uno y corrió sobre sus tapas metálicas, sorteando los agujeros que las separaban con bruscos saltos.

El hombre accedió a un terreno despejado y oyó arañazos sobre su cabeza. Dando un respingo, miró atrás y vio que la araña estaba a punto de saltar sobre él. Dos de sus patas descendían por el lado metálico y las demás se sujetaban en lo alto.

Dejando escapar un grito aterrador, el hombre se sumergió de nuevo en el espacio que separaba los gigantescos botes, corriendo y tropezando una y otra vez por el sinuoso sendero. A sus espaldas, la araña trepó de nuevo y, trazando un crispado semicírculo, echó a correr tras él.

Este movimiento concedió unos segundos de ventaja al hombre, que corrió con todas sus fuerzas hacia las arenas barridas por las sombras, rodeó el gran pilar de tierra y se sumergió en otro grupo de estructuras que parecían pilares. La araña saltó sobre la arena y apresuró sus pasos.

Ahora, la gran masa naranja se alzaba sobre el hombre, que se dirigía una vez más hacia el borde del acantilado. No podía vacilar; no había tiempo para ello. Acelerando sus pasos, saltó el abismo y se sujetó con dedos espásticos al áspero reborde.

Con una mueca de dolor, se encaramó a la fragmentada superficie naranja al mismo tiempo que la araña alcanzaba el borde del precipicio. Poniéndose en pie de un salto, el hombre

echó a correr por el estrecho reborde sin mirar atrás. Si la araña saltaba, todo habría terminado.

Pero la araña no saltó. El hombre miró atrás y, al ver que no le seguía, se detuvo y se quedó inmóvil, contemplando al animal. ¿Estaría a salvo ahora que había abandonado su territorio?

Su pálida mejilla se crispó al ver que un hilo trenzado escapaba como brillante vapor por la boca de la araña.

Giró sobre sus talones y echó a correr de nuevo, sabiendo que, en cuanto el cable fuera lo bastante largo, la corriente de aire lo elevaría hasta el reborde naranja y la araña se deslizaría por él.

Intentó apresurar sus pasos, pero fue incapaz. Le dolían las piernas, el aliento le abrasaba en la garganta y sentía puñaladas en el costado.

Siguió corriendo, resbalando por la ladera naranja, saltando las grietas con movimientos desesperados que le debilitaban.

Otro abismo. Se arrodilló con rapidez, tembloroso, se sujetó con fuerza al borde y empezó a balancearse. Le esperaba una larga caída hasta el siguiente nivel. Esperó a que su cuerpo oscilara sobre la cara interior y solo entonces se soltó. Justo antes de caer, vio que la araña empezaba a descender la ladera naranja.

Aterrizó sobre sus pies y cayó con fuerza sobre la dura madera. Agujas de dolor se hundieron en su tobillo derecho. Se puso en pie con dificultad, pues sabía que no podía detenerse. Oía los pasos del animal sobre su cabeza. Corrió hacia el borde, titubeó y saltó de nuevo al vacío. La curva del rastrillo de croquet, grueso como un brazo, centelleó ante él. Alargó la mano, intentado alcanzarlo.

Agitó los brazos y las piernas mientras caía. El suelo del cañón se precipitaba hacia él. Estaba seguro de que no lograría caer sobre la suavidad de la floreada parcela.

Pero lo consiguió. Cayó casi en el borde, aterrizó de pie y rebotó hacia atrás en un salto mortal que podría haberle partido el cuello.

Y se quedó tendido sobre el estómago, cogiendo breves y sofocadas bocanadas de aire. Entonces, el olor de la polvorienta

tela inundó sus fosas nasales y sintió la aspereza del tejido contra su mejilla.

El estado de alerta regresó. Sacudiéndose espasmódicamente, el hombre alzó la mirada y vio que otro cable espectral estaba siendo tejido en el aire. Sabía que en unos instantes la araña descendería sobre él.

Se levantó con un gruñido y permaneció inmóvil unos instantes sobre sus temblorosas piernas. El tobillo todavía le dolía y le costaba respirar, pero no se había roto ningún hueso. Echó a correr de nuevo.

Cojeando, recorrió con rapidez aquella suavidad salpicada de flores y se encaramó al borde. Mientras lo hacía, vio que la araña descendía oscilando como un péndulo terrible y zigzagueante.

Ya había llegado a la base del cañón. Sin dejar de cojear, corrió por la inmensa llanura; sus sandalias golpeaban con fuerza el duro suelo nivelado. A su derecha se alzaba la inmensa torre marrón en la que seguía ardiendo una llama; el cañón temblaba bajo su rugido.

Miró atrás. La araña había descendido a la suavidad del terreno floreado y corría hacia el borde. El hombre se abalanzó hacia la pila de leños que descansaba junto a la pared. Pasó junto a lo que parecía una serpiente gigante enroscada, roja e inmóvil y con las mandíbulas abiertas.

La araña saltó al suelo del cañón y corrió hacia él.

Pero el hombre ya había alcanzado los gigantescos leños y, arrojándose sobre su pecho, culebreó hasta un estrecho espacio que separaba dos de ellos. Era tan estrecho que apenas podía moverse; un escondite oscuro, húmedo y frío que olía a madera enmohecida. Intentó arrastrarse lo más lejos posible; entonces se detuvo y miró atrás.

La negra y lustrosa araña intentaba seguirle.

Durante un terrible momento pensó que lo conseguiría, pero entonces vio que la criatura quedaba atrapada y no le quedaba más remedio que retroceder. No podía seguirle.

Cerró los ojos y permaneció tendido en el suelo del cañón, sintiendo el frío a través de su ropa, jadeando por su boca abierta

y preguntándose cuántas más veces tendría que escapar de la araña.

La llama de la torre de acero se apagó y se hizo el silencio, interrumpido tan solo por los arañazos de la criatura en el suelo de roca mientras daba vueltas sin parar. Podía oírlo escarbando la madera mientras trepaba por ella, buscando el modo de llegar hasta él.

Cuando por fin cesaron los arañazos, el hombre retrocedió con cautela por el estrecho y astillado pasadizo que separaba los dos leños. En cuanto pisó de nuevo el suelo, se levantó apremiante y miró en todas las direcciones para averiguar dónde estaba la araña.

Muy arriba, en la escarpada pared, la vio ascender hacia el borde del precipicio; sus oscuras piernas arrastraban su gran cuerpo de huevo por la pared perpendicular. El hombre respiró tembloroso. Estaría a salvo durante un rato. Bajando la mirada, echó a andar hacia el lugar donde dormía.

Cojeó lentamente hacia la silenciosa torre de acero, que en realidad era una caldera; dejó atrás la enorme serpiente roja, una manguera sin tobera y enroscada torpemente en el suelo; y pasó junto al enorme cojín cubierto por una funda con diseños florales. Dejó atrás la inmensa estructura naranja, dos sillas de jardín apiladas, y observó los enormes rastrillos de croquet que colgaban de los estantes. Uno de ellos había quedado clavado en una ranura de la silla que descansaba en lo alto. Durante el descenso había intentado sujetarse a él, pero no lo había conseguido. Los botes gigantesos eran tarros de pintura usados y la araña, una viuda negra.

Vivía en un sótano.

Pasó junto al enorme perchero dirigiéndose a su cama, situada bajo el calentador de agua. Justo antes de llegar se estremeció, pues la bomba de agua se puso en marcha en su gruta de hormigón. El hombre escuchó los esforzados resuellos y suspiros de la máquina, que parecía un dragón agonizante.

Trepó por el bloque de cemento sobre el que descansaba el calentador esmaltado y se arrastró bajo su protectora calidez.

Se tumbó en la cama, que era una esponja rectangular envuelta en un pañuelo raído, y permaneció largo rato inmóvil. Su pecho subía y bajaba con movimientos superficiales; sus manos descansaban flácidas y encrespadas a los lados. Miraba, sin pestañear, el calentador revestido de óxido.

La última semana.

Tres palabras y un concepto. Un concepto que se había originado con el destello de una conmoción incomprensible y se había ido convirtiendo en la pesadilla que era ahora. La última semana. No, ni siquiera eso, puesto que el lunes estaba a punto de llegar a su fin. Sus ojos se desviaron brevemente hacia las marcas de carbón que había trazado en la madera, a modo de calendario. *Lunes, diez de marzo.*

En seis días todo habría terminado.

En la inmensidad del sótano, la llama del calentador rugió de nuevo y sintió que la cama vibraba bajo su cuerpo. Eso significaba que la temperatura había descendido en la casa que se alzaba sobre él, que el termostato había protestado y que el calor fluía de nuevo por las rejillas del suelo.

Pensó en las mujeres que vivían arriba, la mujer y la niña. ¿Seguían siendo su hija y su esposa o el factor tamaño le había borrado del mapa? ¿Podía considerar que seguía formando parte de su mundo si para ellas no era más que un insecto? Beth podía aplastarle bajo sus pies sin darse cuenta.

En seis días todo habría terminado.

Había pensado en ello miles de veces durante el pasado año y medio, intentando imaginarlo, pero nunca había sido capaz de hacerlo. En todas las ocasiones, su mente se había rebelado, intentando racionalizarlo: las inyecciones empezaría a surtir efecto, el proceso finalizaría por sí solo, pronto ocurriría algo que detendría el proceso. Era imposible que llegara a ser tan pequeño que...

Pero lo era. Era tan pequeño que en seis días habría desaparecido.

Cuando le invadía esta cruel desesperación, permanecía horas tumbado en su improvisada cama, sin importarle si vivía o

moría. La desesperación nunca desaparecía del todo, pues era imposible que lo hiciera: fuera cual fuera la solución que se le ocurriera, sabía que era imposible, puesto que el proceso jamás se había invertido y jamás se había detenido. El proceso siempre había seguido adelante, sin detenerse jamás.

Se removió en su cama, agónico. ¿Por qué había escapado de la araña? ¿Por qué no se había dejado atrapar? Habría sido una muerte terrible pero rápida, que habría puesto fin a su desesperación. Sin embargo, había preferido escapar, luchar con todas sus fuerzas para seguir existiendo.

¿Por qué?

1,72 metros

Cuando se lo explicó, lo primero que hizo fue reírse.

Pero su carcajada pronto quedó asfixiada. Le miró con atención, en completo silencio. Él no sonreía; su rostro estaba tenso y vacío de expresión.

—¿*Encogiendo?*—preguntó, en un tembloroso susurro.

—Sí—fue lo único que consiguió decir.

—Pero eso es...

Había estado a punto de decir que era imposible, pero no lo era... porque ahora que había pronunciado aquella palabra, esta había hecho que cristalizara el temor tácito que había sentido desde que todo empezara un mes atrás, cuando Scott había acudido a la consulta del doctor Branson para saber si se le estaban combando o arqueando las piernas. El primer diagnóstico del doctor había sido que su pérdida de peso se debía al viaje y al nuevo entorno, y había descartado la posibilidad de que estuviera perdiendo altura.

El temor había ido en aumento a medida que pasaban días de tenso y asustado recelo, días en los que Scott había seguido menguando. Durante la segunda y la tercera visita a la consulta de Branson; durante la prueba de rayos X y los análisis de sangre; mientras analizaban sus huesos; mientras buscaban indicios de reducción de masa ósea, mientras descartaban la posibilidad de

un tumor en las glándulas pituitarias; durante los largos días en los que le sometieron a nuevas pruebas de rayos X para descartar la posibilidad de un cáncer. Y hasta el día de hoy y este preciso momento.

—Pero eso es imposible —había dicho ella.

Necesitaba decirlo. Fueron las únicas palabras que su mente y sus labios lograron formar.

Él sacudió lentamente la cabeza, ofuscado.

—Es lo que ha dicho el doctor —respondió—. Me ha dicho que, en los últimos cuatro días, mi altura se ha reducido en más de un centímetro. —Tragó saliva—. Pero no solo estoy perdiendo altura, sino que el conjunto de mi cuerpo parece estar menguando de forma proporcionada.

—No. —Había un firme rechazo en su voz. Era la única reacción posible ante semejante idea—. ¿Y ya está? —preguntó, casi enfadada—. ¿Eso es lo único que te ha sabido decir?

—Cariño, es lo que está ocurriendo —replicó él—. Me ha enseñado las pruebas de rayos X... las que realizó hace cuatro días y las que ha realizado hoy. Es cierto. Estoy encogiendo. —Habla como si hubiera recibido un fuerte puñetazo en el estómago, medio aturdido y medio sofocado por la conmoción.

—No. —Esta vez, su voz sonaba más asustada que decidida—. Iremos a un especialista.

—Es lo que quiere que haga —dijo Scott—. Me dijo que debía ir al Centro Médico Presbiteriano Columbia de Nueva York, pero...

—Entonces lo harás —replicó ella, antes de que pudiera continuar.

—Cariño, es muy caro —dijo dolorosamente—. Ya debemos...

—¿Qué importa eso? ¿Has pensado, aunque solo sea por un momento...?

Un nervioso estremecimiento le obligó a interrumpirse. Permaneció temblorosa, con los brazos cruzados y las manos sujetas a la flácida piel de sus antebrazos. Desde que todo esto empezara, esta era la primera vez que le dejaba ver lo asustada que estaba.

—Lou... —La rodeó entre sus brazos—. Todo va bien, cariño; todo va bien.

—No es cierto. Tienes que ir a ese centro. Tienes que hacerlo.

—De acuerdo, de acuerdo —murmuró—. Lo haré.

—¿Qué te harán? —preguntó. Pudo oír la desesperada necesidad de esperanza en su voz.

—El médico... —Se humedeció los labios, intentando recordar—. Ah, me dijo que examinarían mis glándulas endocrinas; el tiroides, la pituitaria... las glándulas sexuales. Me dijo que comprobarían el metabolismo basal y que efectuarían alguna prueba más.

Ella se mordió el labio.

—Entonces, ¿por qué ha tenido que decirte que... estás encojiendo? No me parece una buena forma de ejercer la medicina. Me parece desconsiderado por su parte.

—Cariño, yo se lo pregunté —dijo—. Era lo que indicaban las pruebas y le dije que no quería secretos. ¿Qué más podría haberme...?

—De acuerdo —le interrumpió ella—. ¿Pero era necesario que lo llamara... como lo hizo?

—Eso es lo que es, Lou —dijo él, angustiado—. Las pruebas lo demuestran. Esos rayos X...

—Podría estar equivocado, Scott. Las pruebas no son infalibles. Scott guardó silencio durante un largo momento.

—Mírame —le dijo entonces, con un hilo de voz.

Antes de que todo esto empezara, medía más de metro ochenta. Ahora miraba directamente a los ojos de su esposa, que medía metro setenta y seis.

Desesperado, dejó caer el tenedor sobre su plato.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó—. Es demasiado caro, Lou. Branson me dijo que tendría que estar hospitalizado más de un mes. Un mes sin ir a trabajar. Tal y como están las cosas, Marty ya está bastante molesto. ¿Cómo puedo pretender que siga pagándome cuando ni siquiera...

—Cariño, tu salud es lo primero —dijo ella, con una voz cargada de nervios—. Marty lo sabe. Y tú también.

Agachó la cabeza, con los dientes apretados tras unos labios tensos. Cada factura era una cadena que cargaba a sus hombros. Podía sentir sus pesados eslabones sobre sus extremidades.

—¿Y qué vamos a...? —empezó, pero se detuvo al advertir que Beth le miraba con atención, ignorando su cena.

—¡Come! —ordenó Lou a la pequeña. Beth dio un respingo y hundió el tenedor en un montón de patatas cubiertas de salsa.

—¿Cómo vamos a pagarlo? —preguntó Scott—. No tenemos ningún seguro médico y ya le debo quinientos dólares a Marty por las pruebas que me han realizado. —Exhaló con fuerza—. Y seguro que no me concederán el crédito gubernamental.

—Vas a ir —dijo ella.

—Es muy fácil decirlo —respondió.

—¿Y qué pretendes hacer? —espetó, con la furia del miedo en su voz—. ¿Olvidarlo? ¿Aceptar lo que dijo el doctor? ¿Quedarte de brazos cruzados mientras esperas...? —Un sollozo ahogó sus palabras.

Cubrió su mano con la suya, pero no logró reconfortarla, pues estaba fría y temblorosa.

—De acuerdo —murmuró—. De acuerdo, Lou.

Mientras su esposa acostaba a Beth, permaneció en la sombría sala de estar observando los coches que pasaban por la calle que descansaba a sus pies. Salvo por los murmullos que llegaban desde el dormitorio, el silencio era absoluto. Los coches zumbaban al pasar junto al edificio; sus faros sondeaban la oscura calzada.

Estaba pensando en el seguro de vida que había solicitado al trasladarse al Este. El plan consistía en trabajar para su hermano Marty antes de solicitar un crédito gubernamental que le permitiera convertirse en su socio. Entonces contrataría un seguro de vida, una póliza médica, abriría una cuenta bancaria, compraría un coche decente, ropa, y con el tiempo, una casa... Había venido a este lugar con la intención de construir una estructura de seguridad alrededor de su familia.

Y ahora, esto había desbaratado sus planes y amenazaba con destruirlos por completo.

No sabía en qué segundo preciso apareció la pregunta en su mente, pero de repente estuvo allí. Se miró fijamente las manos, que tenía abiertas de par en par. Su corazón palpitaba con fuerza, dilatado en una gélida trampa.

¿Durante cuánto tiempo seguiría encogiéndose?